mejor la frase de Gautier, « la voluntad vence al destino». Ningún mexicano, desde luego, desarrollo de modo tan cabal su misión, ninguno llegó a la vida pública tan a su hora y se fué del Mundo con su labor tan bien consumada, ninguno vivió y murió tan a su tiempo, ninguno ha representado la consumación política de una doctrina como él la del liberalismo y nadie en lo ancho de nuestro Nuevo Mundo selló como él y los suyos el término de toda aventura de conquista sobre nuestro Continente.

Los hechos históricos de la atormentada vida nacional de México pasarán por estas breves páginas como necesario fondo sobre el que va a dibujarse este ensayo, cuándo y en la proporción que resulte indispensable; no se trata de buscar la ocasión de hacer historia de México, va a trazarse sólo una personalidad; las anécdotas servirán para fijar los simbolismos de un carácter, no escribimos siquiera una biografía al estilo ritual de ellas; lo repetimos, se busca, en cortas páginas, destacar a Juárez como símbolo y recalcar la ejemplaridad de su vida; nada más que eso; pero nada menos, intenta este pequeño libro, simple ensayo sobre tema que puede aceptar tan amplios desarrollos.

Madrid, julio de 1935.

RODOLFO REYES

I

EL PRIMER CICLO

Allá en lo más recóndito de la Sierra Zapoteca, en el hoy Estado federal de Oaxaca, región mexicana que dió nombre al título nobiliario del más grande de los conquistadores, de pura sangre indígena, hijo de padre humildísimos ya que no míseros, en la aldea de San Pablo de Guelatao, sobre la sierra de Ixtlán, nació Benito Juárez García, el 21 de marzo de 1806, bajo la dominación española en México. Pertenecían sus padres a la raza Zapoteca, montañesa y fuerte, recia y adusta.

Huérfano a los doce años, sin conocer en su niñez ni tan siquiera el habla sonorosa y magnífica en la que él hablaría al Mundo para hacer respetar los derechos de un pueblo y la dignidad de un continente frente a los aventureros coronados, supo del dolor de vivir de arrimo con parientes. Dedicado al pastoreo, un accidente cualquiera lo pone en camino de su destino al irse a la capital de su región y dar con un sacerdote de aquellos que honran su sayal por lo humildes y bondadosos, el franciscano don Antonio

Salanueva. Entre él y la hermana del indito, que era sirviente en una casa acomodada, dentro de la que también encuentra él protección, dan el primer impulso a aquella materia prima señalada para destinos tan preclaros.

Instruído por el fraile en las primeras letras, pasa Juárez al Seminario, y a pesar de los naturales deseos de su maestro y benefactor, es leal a su espíritu y desiste de acercarse al altar para pasar al naciente Instituto laico y seguir la carrera de Derecho. El indígena se distingue ya; pero no por la imaginación, ni por la brillantez, sino por su seriedad espiritual, por su sentido de rectitud y por su voluntad. Su carácter lo llevaba más al estudio de las ciencias y así fué como pronto obtuvo la primera distinción y el primer modo de ayudarse a vivir mereciendo ser Auxiliar de Física; pero las mayores facilidades y el ambiente más propicio, le hicieron seguir la profesión de abogado, al mismo tiempo que ejercía el oficio de encuadernador al lado del fraile protector.

Muy pronto el joven abogado empezó a revelar sus quilates, siempre más por su ética que por su palabra, siempre más largo de hechos que de expresiones; deista, sin adhesión notoria al culto, tiene un fondo de misticismo, una necesidad de fe, que lo completará para sus formidables luchas, encarnando esa ambición espiritual en un credo político y en un sentimiento agudo de la independencia patria. Venido de la oscura

estirpe indígena, jamás olvidará sus dolores y sus necesidades; iluminado y realizado su mestizaje espiritual por la cultura hispánica y por la moral cristiana, su abolengo moral llevará un claro sello étnico que lo clasifica como un mestizo típico, y aun cuando haya sido el reformador laico por antonomasia y el extirpador del clericalismo en México, de sus manos ni un solo rayo partió a herir la fe o a lastimar las conciencias; para él «el respeto al derecho ajeno es la paz».

Para acabar de completar su espíritu, alzó sus ojos a la hija de su protector Maza, el amo de su hermana, y Margarita fué el único amor de su vida, la madre de sus hijos, la compañera abnegada de sus luchas y la sangre europea que llevó a su descendencia el mestizaje fisiológico.

A partir de su primer examen de grado, en el que sustenta la tesis clásica de la división de los poderes y la democrática del control por medio de la opinión pública; luego secretario del Instituto, diputado local, abogado en ejercicio, secretario general del Gobierno, activo *leader* del incipiente partido liberal oaxaqueño, conspirador contra la dictadura de Santa-Ana, diputado al Congreso local y después al Nacional, el joven indígena, vestido de negro, sencillo, frugal, solemne y sentencioso, consuma perfectamente preparado sin pausa y sin prisa, como fué toda su vida, los dos primeros ideales de su vida: el íntimo, casándose con Margarita Maza, y el público, lle-

gando a la primera Magistratura de su Estado natal. La esposa lo pinta en una frase: «Es muy feo, pero es muy bueno»; y a sus hermanos los indígenas de Guelatao, que van a felicitar al señor Gobernador, su paisano, les da sencillamente un programa de redención diciéndoles: «Soy hijo del pueblo y no lo olvidaré; sostendré sus derechos, cuidaré de que se ilustre, se engrandezca, se cree un porvenir y abandone la carrera del desorden, de los vicios y de la miseria».

Benito Juárez, el indio zapoteca, el mestizo espiritual hispánico, se ha unido a una «Gachupina» (1), ha adquirido la cultura europea, ha hecho una carrera de letras y realizado una ascensión política; su primer vuelo está consumado.

Los primeros pasos de los hombres son definitivos para su vida toda; la arcilla de la niñez y de la primera juventud recibe huellas que jamás se borran del todo: Juárez debió mucho a su humilde hermana, la sirviente de la casa Maza, al sacerdote obrero que lo educó en las primeras letras y a dicha familia Maza. Durante su vida el sentimiento familiar sería para él básico: fué el más ejemplar padre y esposo; entre sus ambiciones siempre da el primer lugar al

(1) *Gachupin,* se dice del español y por generalización del extranjero europeo; así en el caso del señor Maza, que probablemente era nacido en Italia y sin duda de origen español.

nombre que ha de legar a sus hijos, el amor para su esposa es rayano en idolatría; cuando ella muere, el decaimiento del gran animador es sensible y se traduce en su acción pública. Podrán ciertos convencionalismos querer dividir la vida privada y la pública de los hombres; pero en la realidad sólo los hombres esencialmente íntegros en su vida familiar, lo son en la vida pública; Juárez tuvo un hogar ejemplar, y por eso supo ser el ejemplar conductor de un pueblo; sintió la responsabilidad de la paternidad y por eso pensó en el nuevo México, que fué en mucha proporción hijo suyo; tuvo una inmensa estimación para su propio nombre como herencia para sus hijos y por eso trató de decorarlo con notorias virtudes. El sacerdote, maestro de letras y de oficio, no pudo llevar al altar a su discípulo, sin duda porque su misma biblioteca enciclopedista trabajó su espíritu juvenil; pero lo hizo ámpliamente cristiano, y si las circunstancias lo llevaron a realizar actos de plena ofensiva, no contra la Religión, sí contra el clericalismo, la moral, que condujo su vida, tuvo base en la educación cristiana que recibiera.

El haber Juárez trabajado en un oficio para ayudarse a vivir, le dió, sin duda, aparte de una fraternidad sincera hacia los trabajadores humildes y manuales, una capacidad de decisión, de acción, de realización, que suele faltar a los hombres puramente intelectuales. En efecto, la característica de Juárez fué un misticismo encendido por de-

terminados ideales, fruto de su sentimiento o de su filosofía, y una capacidad realista extraordinaria en sus procedimientos.

En su incompleta autobiografía, dice Juárez: «Era preciso privar al Clero del voto pasivo, adoptándose este contratiempo en bien de la sociedad, *a condición de que una vez que se diese la Constitución* y quedase sancionada la Reforma, los clérigos quedasen expeditos, al igual que los demás ciudadanos, para disfrutar de ese voto pasivo en las elecciones populares.»

Esto demuestra que Juárez sólo quería que se consumase la reforma laica y transitoriamente detener la acción del Clero, ocupando cargos públicos; pero no privarlo de ese derecho al constituírse definitivamente el país en un régimen liberal, siendo esto muy diverso de lo que se inventa sosteniendo que sistemáticamente tratara de hacer parias a los sacerdotes.

Respecto a la primera medida que Juárez, como Ministro de Comonfort, tomó suprimiendo para los clérigos y militares los fueros ajenos a su ejercicio, dice en la misma autobiografía: «Las leyes anteriores sobre administración de justicia, adolecían de ese defecto, porque establecían tribunales especiales para las clases privilegiadas, haciendo permanente en la sociedad una desigualdad que ofendía a la justicia, manteniendo así en constante agitación al cuerpo social... Era muy difícil hacer algo útil en semejantes circunstancias (las transitorias del Gobierno en el que era Ministro), y ésta

es la causa de que las reformas que consigné en la ley de justicia fueran incompletas, limitándose sólo a extinguir el fuero eclesiástico en el ramo civil y dejándolo subsistente en materia criminal, a reserva de dictar más adelante la medida conveniente sobre este particular. A los militares se les dejó el fuero sólo en los delitos y faltas puramente militares.» Sólo con un ánimo parcial pueden verse agresiones a la Religión en estas medidas reformatorias de Juárez. Si llegó un día en el que hubo de irse a fondo contra el Clero mexicano, no fué por razones de orden religioso, sino de defensa nacional, por la equivocada alianza de aquél con la intervención extranjera; pero en modo alguno por atacar la religión.

Esa íntima educación original de Juárez en la humildad, en el trabajo, en el noble ambiente de una honesta familia protectora y de un ejemplar maestro, hizo también fructificar plenamente la bella cualidad de la honestidad, que es a todas luces una de las que dan más fuerza al hombre público. Juárez fué paradigma en esta materia. Vive en el extranjero su familia en positiva penuria, y el Agente del Gobierno nacional, siendo Juárez Presidente en lucha en la Guerra de Reforma, adelanta algo a su familia a cuenta de sueldos; Juárez escribe: «Yo agradezco mucho esta muestra de buena voluntad para con nosotros; pero es preciso que se devuelvan esos documentos (de crédito), porque es casi seguro que no ha de realizarse su cobro, y sobre todo porque el

contrato que celebró el señor Carvajal y del que proceden tales vales, es de tal manera ruinoso para el Estado, que no es posible aprobarlo... ; tampoco tenía orden del Ministro para hacer este abono. Yo agradezco al señor Carvajal su buena intención ; pero no me es posible aceptar el abono que hace.»

Durante la guerra de Intervención, el Ministro de la República en Wáshington, don Matías Romero, entrega a su familia cuatro mil pesos a cuenta de sueldos, y Juárez dice en una carta : «Siento repugnancia en recibir alguna cantidad de lo que se me debe, por las escaseces de nuestro erario ; pero me resolví a conformarme con lo hecho por Romero, porque no habiendo recibido un centavo desde enero de 1865, en que se me dieron 1.250 pesos ; ya no será tan notable que ahora (en 8 de junio de 1866), se me abonen esos 4.000 pesos en papel.»

A poco, y durante la misma guerra, dice a un familiar : «He tenido necesidad de pedir aquí mil pesos, porque por las atenciones del servicio no he podido percibir nada y necesito para mis gastos indispensables. Haga usted, pues, un esfuerzo para pagar la libranza que doy al señor Carranza.»

¡ Este era el dictador con poderes absolutos que, enfrentado a Francia y al imperialismo, defendía una nación entera y disponía de la suerte de una fracción humana ! ¡Así escondía aquel coloso de voluntad, soberbio, altivo e implacable cuando de su

causa se trataba, su sencilla y humilde personalidad privada, y en tales virtudes se sustentaba su prestigio arrollador.

Juárez, indudablemente por humilde de origen, por bien encaminado en sus primeros pasos por la ternura de una hermana y la piedad de un maestro, por educado en el trabajo directo al mismo tiempo que en la ambición de ideales superiores, pudo desde este primer ciclo dibujar una personalidad que se fué modelando más y más fuerte, porque tuvo esa materia prima de una naturaleza privilegiada que fué bien conducida al iniciar su vida y que significó en sí misma lo que persiguió después en política : la lucha contra los privilegios de todas clases y el más recio nacionalismo.